



Violencia y narración en Alfredo Molano

ÓSCAR TORRES DUQUE

Trabajo fotográfico: Mateo Pérez Correa

SI LOS AUTOLLAMADOS “ESTUDIOS CULTURALES” no estuviesen bajo sospecha de ser una de las múltiples formas del colonialismo académico, habría que decir que buena parte de la obra de Alfredo Molano (Bogotá, 1944) ilustra a las mil maravillas esa concepción interdisciplinaria de la literatura, cada vez más preocupada por fenómenos sociales que por la literatura misma. Y conste, que Molano no ha pretendido hacer literatura sino escribir sobre los materiales que se le imponían a su labor de sociólogo e historiador. “Se le imponían” es un decir, pues es un hecho que el investigador ha ido seleccionando aquellos horizontes que le parecían más reveladores de su propia búsqueda, y es así como llega uno a la conclusión, tras leer los libros de Alfredo Molano, de que esos “materiales” lo comprometen cada vez más humanamente —que no académica ni científicamente—. Por eso no nos extraña que haya encontrado en cierta modalidad del *relato*, o en lo que más atrás podría llamarse *historia oral*, su forma de expresión como escritor. En el mejor de los casos, esta modalidad se llama literatura —aunque ladren los puristas—; pero el hecho literario no se da simplemente, porque un sociólogo quiera convertir en “cuento” su trabajo de campo sino porque va adquiriendo cada vez mayor conciencia de su oficio y trabaja ahincadamente por conseguir a través de la escritura la expresión que busca. Como veremos, esta expresión no esquiva el interés sociológico (ni aun el histórico) y no coincide, como podría proponer una definición romántica de lo poético, con la “expresión del yo”, sino más bien con la expresión de un otro específico, un otro que empieza a cobrar vitalidad y singularidad a partir de un contexto que lo sigue definiendo y que históricamente podría nombrarse como “pueblo”.

Pero tampoco se trata de entender todo el trabajo de Molano como literatura, sino más bien de efectuar el “deslinde” necesario —para decirlo con Alfonso Reyes— entre un manejo particular del estudio sociohistoriográfico (a veces cercano al ensayo, y por tanto, a la literatura) y el recurso narrativo propiamente dicho, que, según declaraciones del propio autor, aparece como una suerte de hallazgo o de requerimiento —no académico— del estudio sociohistoriográfico.

Tentando el recurso narrativo, Molano ha conseguido algunas piezas literarias espléndidas (y cuando pienso en la realidad de la cual parten, me crispo al decirlo), lo cual supone —o lo estará suponiendo quien haya leído algunos de esos textos— que el escritor Alfredo Molano retrocede en la historia literaria a una escritura premoderna, situada fundamentalmente en contextos rurales o de “Provincia”; esto es, que no hace una literatura urbana, porque sus personajes no viven —en general— en las grandes ciudades colombianas. ¿Premoderna? Ello aparece evidente en los relatos de Molano, pero no precisamente por su ámbito rural sino por su desdén hacia las grandes crisis de conciencia (que más tarde que temprano vienen a surgir en algunos de los textos de *Rebusque mayor*) y hacia la complejidad insoluble del hombre abocado a la enormidad manipuladora de los sistemas de información masiva. En térmi-

Página anterior:

Alfredo Molano muy pequeño.



Alfredo Molano muy pequeño.

nos generales, los personajes de Molano no son seres complejos, y ni siquiera entienden su entorno como un ámbito complejo de fuerzas de muy distinta procedencia: son personas llanas, a veces raizalmente llanas, y su riqueza finalmente emerge sólo del lenguaje que emplean, del lenguaje en el cual se encuentran inmersos.

Pero si literariamente estamos ante una narrativa premóderna, nadie podría decir que no sea una narrativa muy actual, en la medida en que sus voces son voces que nos asedian como fantasmas desde la segunda mitad de este siglo y nos siguen asediando a los colombianos. Esas voces están incorporadas —explícitamente en los libros a que pertenecen, o implícitamente como resultado de un trabajo de campo previo— a un contexto



Jugando con su hermano Alfonso.

sociológico, histórico, lingüístico, biológico, ecológico, económico, político, cartográfico, geográfico, etnográfico, periodístico y aun fotográfico determinado, que en cierto sentido les da su “fondo” a esas voces llanas, pero también advierte sobre la procedencia del trabajo de Molano, un trabajo que busca ser integral —humano— y que por tanto cada vez niega más la especialización de un “objeto de estudio” para centrarse —con todo tipo de armas— en el hombre concreto: hombres encontrados en lugares inhóspitos, lejanos de los centros urbanos, pero dolorosamente conectados con ellos; hombres casi todos desplazados —y en plan de desplazamiento—, dispuestos a seguir mereciendo un destino con sus manos: con sus herramientas y con sus armas.

Lo premoderno deviene, pues, “posmoderno” si atendemos a su fragmentariedad y a su interacción interdisciplinaria, pero estos clichés, sabemos, no significan nada. Lo que significa algo es que toda Colombia termine viéndose reflejada —exaltada, cuestionada, descrita— en los libros de Molano que sólo hablan de una “parte” de Colombia. Y es porque, en el fondo, ninguna de las narraciones —de viajes, de anécdotas, de historias o de personajes por boca propia— elude la ciudad del todo y Molano parte de esa certeza. ¿Qué significa una literatura urbana o un pensamiento moder-

no? Quizá una literatura y un pensamiento que buscan realidad fuera de la instancia “país”, pues no hay alternativa en una modernidad transgresora de fronteras y que parte de la abolición del problema de la identidad (de cualquier identidad). Pero los traumas de la modernidad no pueden invalidar en modo alguno los lenguajes de la identidad y de los contextos regionales (eso significa “país”, un contexto regional): no puede perder de vista que existen campesinos, que existen indígenas, que existen probablemente etnias marginadas o, simplemente, que existen hombres —nacidos o no en la ciudad— que se han compenetrado vitalmente con un paisaje y con una tierra y que en ese paisaje y en esa tierra definen su destino.

Tierra, paisaje, campesino, aborigen... Pero el trabajo de Molano ha llegado hasta ellos bajo la premisa de “la tierra que se mueve”, como llamó Pedro Gómez Valderrama al viaje; sólo que el viaje en este caso adquiere la connotación de desplazamiento, de pérdida de una tierra y búsqueda de otra, de marginamiento y resguardo, de profanación del lugar sagrado, de “colonización”: la visión que Virgilio da del campo en uno de los libros de la *Eneida* y en varias de sus *Geórgicas*, presidida por las quejas del pastor por la invasión de su espacio vital, cobra aquí toda su vigencia: en el fondo, es la ciudad con todos sus fenómenos políticos y económicos la que se desplaza metafóricamente al campo y lo poluciona: los avatares del voraz capital bajo diversas formas —desde las lícitas hasta las ilícitas—, la violencia política, las fuerzas de seguridad, los planes de rehabilitación, evangelización o protección, los proyectos ambientales y antiambientales, el espíritu de aventura... Las selvas, los llanos y las reservas naturales de Colombia constituyen demográficamente una pequeña parte de Colombia (aunque habría que hablar de la demografía biodiversa), pero geográficamente son la mayor parte del territorio nacional, y la ausencia de Estado en ese 70% del territorio resulta, cada vez más, de una significación histórica de magnitudes alarmantes. El tratamiento microcósmico que Molano les ha dado a sus investigaciones y estudios sobre las zonas olvidadas de Colombia revela con eficacia que en esas zonas es justamente donde hoy Colombia se está jugando su destino, allí está el crisol de sus transformaciones y el meollo de sus más arduos problemas. El concepto de ‘país’ se matiza, entonces, en una comparación con las grandes literaturas épicas de siempre, que no han sido nunca literaturas nacionales —como muchos creen— sino literaturas de frontera. Jorge Orlando Melo ha entrevisto, en su prólogo a *Aguas arriba*, el carácter fronterizo de los personajes y las narraciones de Molano: lejos de una identidad forzada, eufemísticamente propuesta por la Constitución del país, existe una verdadera “nación” allí donde un hombre afirma su forma de ser ante la tierra y ante un otro que irrumpe y lo confronta; ese hombre siempre termina desterrado pero no tanto que no se mantenga en los límites: en los límites de su propia tierra y en los límites de su propia ley, distinta de la ley nacional —inexistente— y que lleva adonde vaya.

SER Y SER VIOLENTO

Toda la obra de Alfredo Molano, aun desde sus análisis de documentos sobre la educación en Colombia¹, es una reiterada acechanza, y desde distintos ángulos, a la realidad de la violencia en Colombia. La tradición de los “violentólogos” tiene ya una ilustre nómina en Colombia, conformada en los tres últimos decenios, y en general encarna a toda una escuela —¿no la había creado el propio Camilo Torres en la Universidad Nacional?— socialista, comprometida en construir un tejido semiológico con la historia reciente del país.

Dentro de este contexto se inscribe el primer libro de Molano en sentido estricto, *Amnistía y violencia*², de 1980, donde ya se hacen visibles algunos de los rasgos que van a caracterizar una escritura posterior, centrada en los “relatos”. Una intercalación analítica y “novelesca”, sobre la base de documentos y fuentes periodísticas, denota un interés histórico-político bien peculiar, pues es clara la intención de entender los pro-

¹ Alfredo Molano, *Materiales para una historia de la educación en Colombia, 1946-1958*, Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional, 1979. Compilación de editoriales y prólogo.

² *Amnistía y violencia*, Bogotá, Cinep, 1980, núms. 86 y 87 de Controversia.



Con su hermano en el ordeño.

cesos de amnistía generados en el gobierno de Rojas Pinilla desde adentro, es decir, no tanto desde los procesos mismos cuanto desde los actores *realmente implicados*. Aunque no descuellan los textos por su lograda elaboración escritural, ya se encuentra una voluntad narrativa, que a veces suena un poco forzada en sus descripciones:

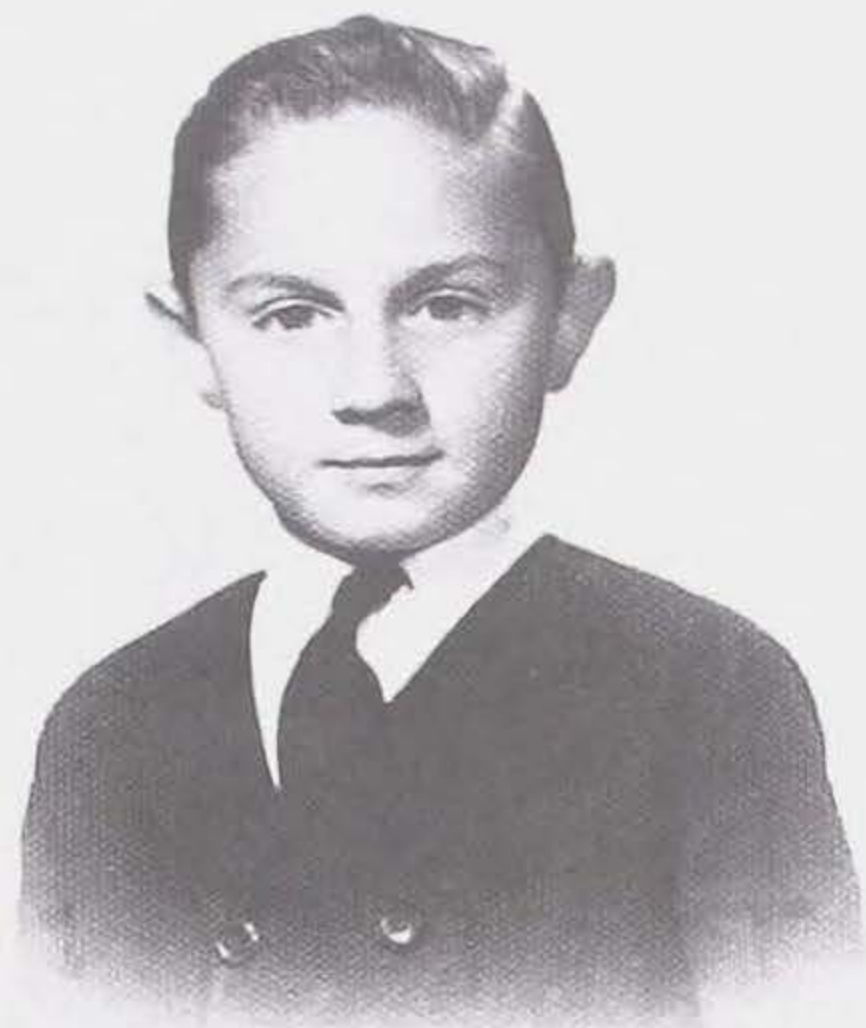
La noche caía inexorable. Al occidente, la cinta de sangre y fuego se diluía en una escala de acres atemperados, melancólicos. Guadalupe la miró tácitamente al despedirse de Juan Lozano y Lozano. Subió indiferente al automóvil y se acomodó bajo el cinturón de cuero crudo su revólver calibre 22. En esas manos que habían conducido seis mil, ocho mil hombres de a caballo, resultaba un arma pueril, un mero talismán. Seis balas yacían sin miedo en el tambor³.

³ *Ibíd.*, pág. 41.



Sus papás, Alfonso Molano y Elvira Bravo, y su hermano Alfonso en la Hacienda El Líbano.

Claro está que estos brotes cuasilíricos (más que narrativos) son excepcionales en *Amnistía y violencia*, pero es bien sintomática su ubicación, como anuncios y potenciaciones de un hecho de gran fuerza simbólica. Desde este libro, Molano se revelará, como muchos de sus colegas del humanismo de izquierdas —cada vez más complejo y problematizante—, como un lúcido desenmascarador de mitos políticos, especialmente los que reducían el problema de la violencia a la lucha entre los dos partidos tradicionales y a sus consecuencias políticas en el campo y los pueblos; pero, al mismo tiempo, Molano iba inaugurando un lenguaje “científico-social” (hecho de retazos de lenguajes) con la clara intención de ponerse en el pellejo —esto es, en la vida sentida— de quienes hacían y padecían la historia de esa época llamada “la Violencia”. Este va a ser el punto de partida de *Los años del tropel* pero también



Jesús mío, llévame de la
mano por el camino de
la vida.

Alfredo Molano Bravo

Liceo de La Salle

Bogotá, Junio 29 de 1952.

La Primera Comunión, 1952.

de su comprensión contextual de los personajes en cuestión; y el contexto es el ámbito regional, ámbito no estanco sino móvil (tan móvil que viene y va desde y hasta las ciudades, y no sólo porque Laureano Gómez desde Bogotá dé la orden de acabar con el comunismo en todos los rincones de la patria). "Tropel" significa trashumancia forzosa en todos y cada uno de los relatos en primera persona que conforman *Los años del tropel*: trashumancia del que se moviliza para ir a contribuir con los jefes de la causa, y trashumancia de los que tienen que "desocupar" sus viviendas y tierras por causa de esos y tantos otros movimientos similares; algunos van a las ciudades y otros vienen de ellas, a veces clandestinamente. El "sistema", pues, de "la Violencia" no ha variado un ápice respecto de lo que se vive hoy en tantos lugares de Colombia: "los desplazados" han urgido una consejería y una función específica de organizaciones no gubernamentales (Ong) y organizaciones de derechos humanos dentro y fuera del país. Pero Molano no quiere acercarse al "fenómeno" como un funcionario que mira una realidad presente y un problema nacional: su mirada y su búsqueda de expresión apuntan siempre a ese atrás, a ese pasado —que no deja de ser presente—, a esa "tierra que se mueve" que viene con el desplazado y que es



Distintos momentos de su vida.

mucho más que datos, estadísticas y registros: no una vida abstracta sino una vida concreta. Algo más —y más real— que una vida económica (que, fiel al significado etimológico de la palabra, sigue siendo la base de inteligibilidad de esa vida), más que una vida política, más que una vida histórica, más que una vida religiosa, más que una vida ideológica, etc. Por eso en *Amnistía y violencia* la crítica al bipartidismo frentenacionalista es tanto más contundente cuanto el mito de la “paz de los partidos” se pone en evidencia por su lejanía y su desidia respecto de los seres humanos de carne y hueso que estaban llamados a ser beneficiarios de esa paz.

Testimoniar, vivenciar, fotografiar, sentir; es decir, todo aquello que a través del lenguaje puede hacer la literatura, es lo que ha escogido finalmente Molano como su estrategia de sociólogo e historiador. Lo social no siempre tiene un anclaje ortodoxo, por cuanto las “sociedades” que habría que estudiar se han desvanecido o desaparecido virtual o realmente del mapa de alguna región; cabría, de nuevo, hablar mejor de “desplazamientos”: grupos, movimientos, reuniones de personas que confluyen en un mismo e inicialmente clandestino sendero o trocha de la Colombia más selváticamente intrincada. Hay, por supuesto, unos códigos, unos símbolos y unas convenciones aceptados por todos o casi todos los pobladores de un lugar —y muchas veces por la fuerza o por la fuerza de las circunstancias—, pero cada historia se vuelve privada cuando se descubre una tierra en el recuerdo o unos muertos amados que nadie más que una madre, un padre o un hijo lloran. Esas historias privadas apuntan siempre a un *ser*, a una identidad, y de repente se ven cruzadas por el torrente de la violencia (es decir: por el torrente de la historia). Este es, por ejemplo, el modelo narrativo de los relatos y testimonios de *Del Llano llano*, pero ante todo es un esquema presupuesto: el campesino se ve un día metido en el turbión de la violencia, pero algo definitivo es que ante ella no tiene más respuestas que las de su ser de campesino, que muchas veces coincide —como en la maravillosa descripción del

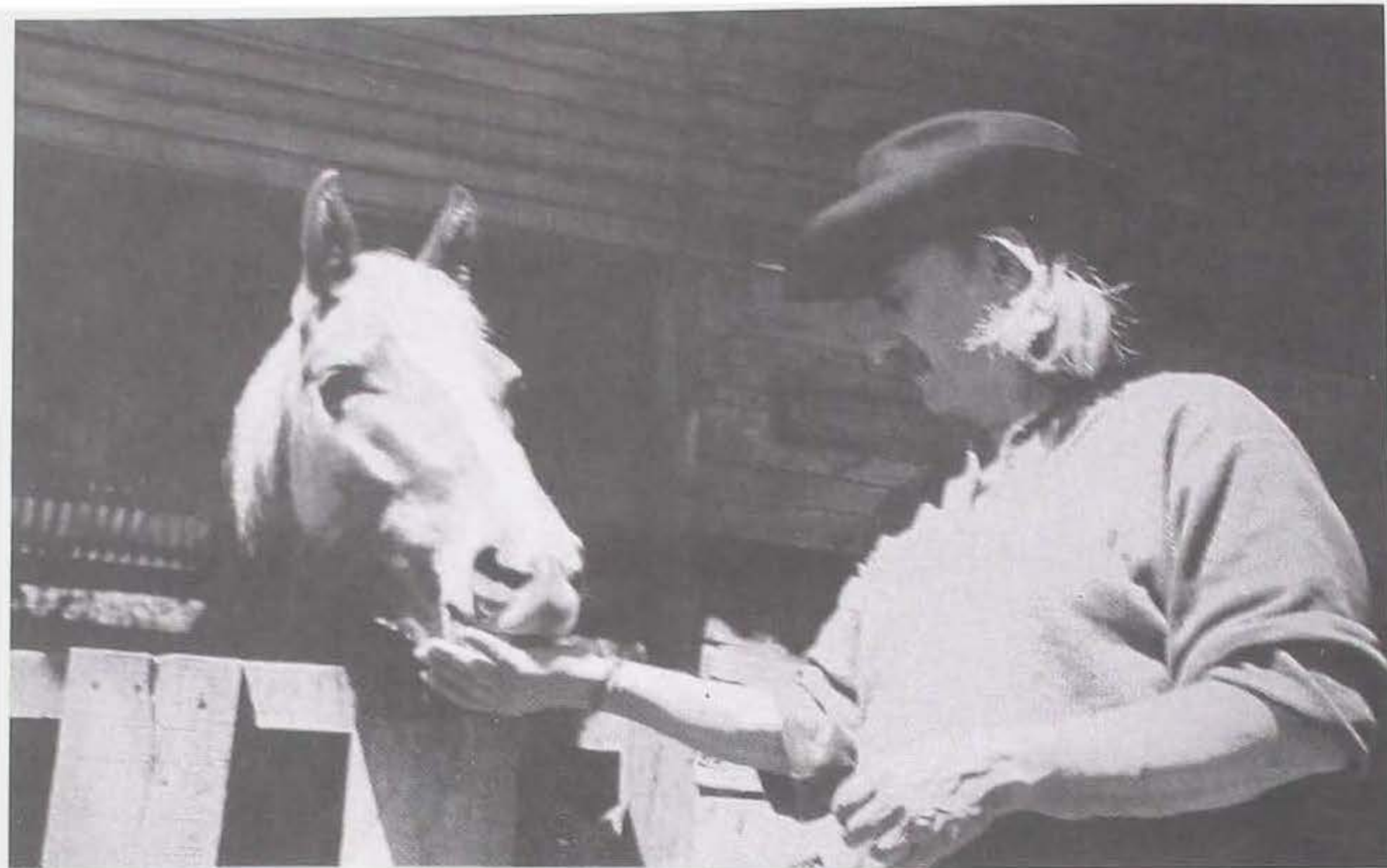


santandereano realizada por Tomás Vargas Osorio— con una aptitud bien significativa para la rudeza, la batalla diaria y la aspereza del carácter. El azadón, el machete y el fusil adquieren la misma dimensión utensiliar y el “corte” que va señalando los límites; de la posesión o de la propiedad conquistada y colonizada señala también una frontera —móvil y deleznable— entre el ámbito familiar y el ámbito guerrero.

Y es así como muchos de los relatos “empiezan” con la aparición del hito violento —como en *Los años del tropel*—, que no es más que el advenimiento anunciado de una amenaza de muerte por razones ajenas al trabajo mismo de la tierra; al producirse el acontecimiento —que no lo es tanto—, el personaje saca a relucir —o eso deja sentir su historia, contada por él mismo— su íntima aptitud para enfrentar, asimilar y codearse con la más cruda violencia. La historia pasa, entonces, en forma de tiros, de machetazos, de bombas e incendios, de desollamientos y decapitaciones, pero la historia pasa... Queda un remanente doloroso, unos puños aferrados a una vieja raíz, a un viejo y omnipresente recuerdo, a una manera de vivir aprendida desde la infancia.

Con estos materiales, los de la vida concreta, Alfredo Molano fue definiendo su propio tipo de lector, el *target*, digamos, de su apelación humanística: “picarle”, en una escritura intensa, los resultados de una entrevista, la entrevista misma, y no dejarle ver las frialdades inconcebibles de un conversatorio aparentemente distante entre un “protagonista” y un investigador; lo dice en su introducción a la primera edición de *Los años del tropel*: “Ésta fue la luz verde para iniciar la creación no-creativa de resumir una entrevista tras otra en la ‘vida’ de personajes de carne y hueso, vestidos de novela pero preñados de sufrimiento histórico concreto”⁴. Creación no-creativa... “Vida”... Más adelante Molano irá perfilando con mayor acuciosidad sus propósitos creativos, pero cada vez más compenetrado —ése parece ser el secreto— con esas “vidas” que cada vez lo son menos entre comillas, y justo por su lección frente a la muerte. Pero lo que definitivamente Molano ha desechado —intencional o involuntariamente— ha sido el factor novelesco, pues la narración esencial de una historia de vida, cuyo fondo son el sufrimiento, y la capacidad admirable para sacar de él más vida, elude cualquier juego con el suspenso, o cualquier

⁴ Molano, *Los años del tropel*, Bogotá, Cerec-Cinep-Estudios Rurales Latinoamericanos, 1985, pág. 32.



concesión —no siempre inocente— a un sentido fácil de la aventura y de la “narración extraordinaria” (contradicción en los términos). Las vidas de los personajes de Molano —y las vidas de sus obras en general— carecen de principio y de final (están vivas desde que nombran al padre o al abuelo o a la madre genitores; y trascienden la muerte, justamente porque la sortean a diario y viven la de sus seres queridos); son sencillas, *llanas* y no tienen pretensión alguna, de cambiar un mundo, ni siquiera el familiar. Eventualmente, en algunas de las historias de *Rebusque mayor* puede verse surgir con claridad la tragedia y un poco de sentido novelesco; pero el carácter excepcional de este libro tiene causas obvias.

Sufrir y padecer son una forma de ser, pero no al modo del sufrimiento pasivo de quienes se resignan a ser movidos y destinados por personas y fuerzas ajenas; no; sino en el sentido de sufrir y padecer la naturaleza, que es la única manera de verla producir sus frutos. La naturaleza es maestra de estos hombres y mujeres, y desde ella se proyectan a una historia que, a pesar de su violencia y su poder devastador, sigue siendo insignificante: el cultivador de coca siembra y “saca” su producto con una conciencia de mejorar sus condiciones de vida pero no de abandonarlas; esto es, no para enriquecerse: el poder del narcotráfico, su pedigrí y su capacidad de influencia en los más insospechados círculos de la vida nacional lo tienen sin cuidado. Esa raigambre en los misterios de vidas con peso específico, no convencional y no prefabricado, quizá sea lo que Molano nombra, en el prólogo a la segunda edición de *Los años del tropel*, lo “mágico” de la escritura. “Y lo mágico está vedado”⁵, añade. Lo vedado sería allí el alma de un personaje —o de una persona que difícilmente es un personaje—, y que revela la exterioridad de su vida pero se guarda virilmente —hombre o mujer— lo más terrible y conmovedor para su propia entraña, o bien porque ello es lo indecible y su lenguaje no lo alcanza, o bien por un sentido ético —e inconsciente— del pudor.

La violencia es, pues, mucho más que un “estado histórico” o una consecuencia política, que enfrenta a liberales y conservadores, a guerrilleros y paramilitares, a latifundistas y colonos o campesinos pobres (aunque esta última formulación se encuentra en un nivel mucho más significativo que las anteriores). La violencia es una realidad honda, fisiológica, neurológica, ambiental. No es, como dice el exabrupto popular por ahí, “que somos violentos por naturaleza”, porque en ese sentido todos lo somos: es, más bien y justamente, la naturaleza que se defiende de una cadena de

⁵ Molano, *Los años del tropel*, 2a. ed., Bogotá, Cerec-El Áncora, 1991, pág. 7.



acciones perversas, sistémicas, institucionales y en muchos casos impersonales (el mercado es una perversión impersonal) que busca incorporarla a sus propios procesos de perversión: no es violento que un indígena boliviano siembre coca pero sí lo es que se lo obligue a venderla a un precio y en determinadas cantidades para la fabricación de una pasta de base que en el siguiente proceso químico multiplicará sus precios (sus costos, sus riesgos, sus cuotas, sus compromisos y sus liquidaciones) desproporcionadamente. Pero también es violento que el indio que sonsacó el capitán Berardo Giraldo —en el primer relato de *Siguiendo el corte*— mate a sus propios hijos al tirarles encima, sin culpa, un inmenso árbol que estaba talando para la empresa clandestina de Giraldo. Giraldo cuenta que el indio estaba enloquecido, pero su insania venía también de estar separado de su gente y de su región de origen. Pero estos “insanos” no son los narradores (¿y fuentes?) de Molano. Los del escritor bogotano son seres con los pies muy bien puestos sobre la tierra, aunque la tierra se mueva que da gusto y trate de tumbarlos. Y son muy sensatos ante todo porque conservan, ante la sangre, el crimen, la amenaza, la empresa arriesgada o el futuro incierto, una dignidad que se define en los términos de su historia. La violencia ahí comienza a matizarse y a hacerse costumbre, tradición, creencia, fe, destino aceptado. Por ejemplo, es bien curioso que muchos de los matones, delincuentes, justicieros o seres marginales y “malevos” que aparecen en las historias acudan frecuentemente, como testigos de sus actos o fechorías, a las imágenes “santas” de las cuales son devotos, pues una presunta fe religiosa alienta en casi todos ellos, contra toda falta de explicación de la masacre y la injusticia cotidianas. “El arriero”, ese personaje que “conduce” a las mulas con los embarques de coca a otros países, al recordar su época de mula, de pronto dice: “Yo soy hartito devoto del Niño del Veinte de Julio, y sé que él me ayudó a salir bien librado las cinco veces que llevé mercancía entre el estómago”⁶. Y también habría que mencionar la violencia del propio medio natural (como antecedente, por ejemplo, de “El ahorcado”, un muchacho que perdió a toda su familia en Armero y por supuesto no puede dejar de “empezar” por ahí la historia

⁶ Molano, *Rebusque mayor. Relatos de mulas, traquetos y embarques*, Bogotá, El Áncora Editores, 1997, pág. 22.



de una lucha por la vida que terminó llevándolo a los recintos tristes y peligrosos de Carabanchel). Ese “propio medio natural”, aplicado a la guerra, como circunstancia innegable en la que se ven envueltos muchos hombres, conduce a una dinámica, no por aterradora menos natural y sorteada como destino, como voluntad férrea de vida y de disciplina de vida; volviendo al capitán Berardo Giraldo, tan dueño de una guerra privada y pública (de un ser en la naturaleza y de un ser en la historia), transcribo:

De un lado estaba la gente, embarcada en la verraca con el ejército encima y sus muertos detrás, que no se podían traicionar. Todos pedían guerra. De otro lado estaba mi fama, que ya andaba sola. Había que seguir la corriente para no ahogarse. La guerra es como un río en que uno no puede hacer pie; hay que echar hacia adelante buscando salir a cualquier orilla [...] En la guerra, como en el juego, hay que poner pintas para hacer una tenida y los mandé fusilar, en fila para no gastar sino uno o dos tiros⁷.

Ahora bien: ese mismo personaje, a pesar de su “ser de una sola pieza”, reconoce la complejidad de las situaciones, lo que no impide que tenga muy claro cuál es su puesto y cuál su misión: “El ejército no daba el brazo a torcer. Al mismo tiempo que botaba gente de los aviones y llenaba el panóptico de Tunja, daba chocolate y azúcar y hacía brigadas de salud”⁸. La complejidad puede ser analizada y sintetizada, y de hecho los panoramas históricos de Molano son asombrosamente lúcidos, particularmente los que se encuentran en *Selva adentro* y en *Yo le digo una de las cosas...* Pero es aún más notable, en los libros de Alfredo Molano, que esa labor de interpretación histórica y de reconstrucción de unas líneas básicas de comprensión de la historia reciente del país se sobreponen sin artificio a la observación directa, a la escucha atenta y a la transmigración en una voz auténtica de los personajes que deambulan por cerros, selvas, riachuelos o llanuras, y que no sólo tienen una historia sino muchas historias de otros personajes evocados, llorados u odiados. El juego entre concreción y abstracción se hace evidente, pero eso es lo que Molano se propone resolver con los relatos, trabajando diversos niveles de abstracciones implícitas. Introduciendo *Los años del tropel* escribió: “La abstracción es, por definición, una negación

⁷ Molano, *Siguiendo el corte. Relatos de guerras y de tierras*, Bogotá, El Áncora Editores, 1989, págs. 37-38.

⁸ *Ibíd.*, pág. 40.



de la realidad inmediata, y no una generalización de ella; no es una acumulación de información, sino una ‘disección’ para aprehender su nexo interno”⁹. Yo creo que la labor de reconstruir “una voz”, como plan narrativo, implica este manejo sensible y a la vez eminentemente teórico y hermenéutico de la historia, de los datos de la historia, y que ello en las obras de Molano se puede percibir gradualmente, obras cada vez más afinadas en la logística narrativa y en una escritura precisa y de indeleble claridad.

En suma, respecto del material histórico y la historiografía misma que Molano produce —esto es, esa versión peculiar de una violencia que es ya toda una categoría histórica de Colombia—, el camino hollado y trazado lo muestra, ya retrospectivamente, el propio autor:

*La historia no es algo que ya pasó y, sobre todo, que ya les pasó a hombres notables y célebres. Es mucho más. Es lo que le sucede al pueblo común y corriente todos los días, desde que se levanta lleno de ilusiones hasta que cae rendido en la noche sin esperanzas. No se necesitan documentos acartonados y descoloridos por el tiempo para convertir un hecho en histórico; la historia no se refugia en las notarías ni en los juzgados, ni siquiera en los periódicos. La historia es una voz llena de timbres y de acentos de gente anónima*¹⁰.

NARRACIONES ÉPICAS

Semejante propuesta de revulsión del materialismo histórico me parece muy atractiva y humanísticamente valiosa frente a una historiografía cuasicómplice que se limita a criticar (o deconstruir) las acciones “dirigidas” de las instituciones y los Estados y a valorar sólo los procesos, que en tanto procesos sociales poseen todos su carga de convención, manipulación e inconsciencia. Alfredo Molano ha vuelto al “pueblo”, pero lejos de todo paternalismo moralizante. El “pueblo” que no es abstracto, sino que vive y corretea en individuos, a veces en individuos unidos. Pero no necesariamente en individuos “comunes y corrientes”. Cierta mentalidad heroica —que es la propia de la sacralización del entorno— alienta en el proyecto narrativo que comentamos. Alfredo Molano ha hablado de una “creación colectiva”, pero intuyo que esa

⁹ Molano, *Los años del tropel*, 1985, pág. 29.

¹⁰ Molano, *Del Llano llano*, Bogotá, El Áncora Editores, 1995, pág. 125. Destaco.

“creación” tiende a ser cada vez más soberanamente de autor; un autor que va y viene de hombres y regiones, de grupos humanos y de paisajes. Molano ha tenido siempre la colaboración de colegas en sus trabajos de campo y aun en los procesos de transcripción, pero parece que el trabajo narrativo que se va consolidando posee un sello muy personal, y él mismo lo ha definido en términos personales.

En una primera fase, esta creación (colectiva, en todo caso, por su dimensión épica y su procedencia popular, en el sentido que anotábamos arriba) se ajusta a las indicaciones que se dan en la introducción a *Los bombardeos en El Pato*, libro en el que Molano escribe “El testimonio de Sofía Espinosa”, título bastante distante de una narración de autor; en dicha introducción se habla de una “creación colectiva, tejida por el investigador con los testimonios de los colonos de El Pato, respetando absolutamente su integridad”. ¿Cuál integridad? ¿La de la totalidad del testimonio, o la de la voz y el sentimiento del colono? Un “personaje” como Sofía Espinosa (tal vez nombre —pero no voz— impostado) ya es una clara construcción poética. Se trata de una sola parrafada, aún con errores de transcripción y con debilidades prosódicas, pero visiblemente elaborada. El testimonio sin duda contiene en sí todos los elementos de la intensa elocuencia del texto escrito, pero sin duda también carecía de la elaboración sintáctica. El texto es precedido por un bello epígrafe, que también son palabras de la entrevistada, y han sido dispuestas en verso: “Yo no tengo por qué, / señor,irme a lavar en/los ojos suyos”¹¹.

En su prólogo a *Siguiendo el corte*, Orlando Fals Borda nos habla de unas “técnicas de imputación y recuperación históricas”; el concepto suena a una instrumentalización de los personajes, en cuanto personajes-claves, con una clara intención valorativa. Supongo que este concepto coincide con la cada vez más consciente “técnica” narrativa de Molano, que en buena parte debe de estar definida por el encuentro siempre pródigo y humanamente conmovedor con sus interlocutores. Y la historia...; la historia, claro, es el contexto, y es el *disco duro* que a lo largo de los años de lecturas, viajes, diálogos y *escuchamientos* ha ido nutriendo y activando por selección el autor. Pero sin duda el aporte de Molano al arte narrativo —y entonces a la literatura— es la creación —¿cómo decirlo mejor?—, la composición y reconstrucción de unos personajes que varias veces aquí hemos puesto entre comillas porque en realidad son “voces de carne y hueso”. ¿Personajes de quién? No de Molano, sino de ellos mismos. Volvemos al concepto de “historia oral”, que es la noción teórica axial que abarca las dimensiones del trabajo sociohistórico de *Selva adentro*, cuyo subtítulo es precisamente “Una historia oral de la colonización del Guaviare”. El colono guarda una fina memoria que le permite, ante el asedio del desarraigo y el desplazamiento, estar reconstruyéndose, rescatándose del paso de la miseria y de las hordas de violencia. Pero esa memoria, que es apenas un balbuceo de coloquio propio y auténtico, tiene que ser percibido e inteligido, labor que no propiamente realizan las grabadoras. La cadena tiene, pues, connotaciones clásicas, que son las mismas de la tradición oral; esto es, de toda verdadera narración: del discurso de la autenticidad al discurso de la identidad; del acaso dramático discurso de la vida (y de la muerte) al discurso laxo de la narración literaria, si logrado igualmente vital (y mortal). Ahora bien, la cadena se percibe en la misma capacidad de los narradores de referirse a otros personajes y a otras historias, con afán caracteriológico. Me impresiona, por lo vívida, esta semblanza que Berardo Giraldo hace de otro de esos pioneros tumbadores de selva y fundadores de efímeros emporios: “Cuervo Araoz fue un hombre de empuje. Siendo comisario del Vaupés llevó un carro por toda la serranía y luego por toda la selva hasta Mitú. Duró seis meses luchando a brazo partido con lo que encontraba hasta coronar”¹². De todos modos, es un hecho que el carácter épico de la historia *que tiene que contarse* (lo digno de ser contado) empieza por la misma circunstancia del desplazamiento o del viaje. Muchas de las narraciones de Molano se gestan como crónica de viaje del propio autor, y es en el hilo cronístico donde se van insertando voces y recuperando experiencias de otros, que pasan a convertirse

¹¹ Molano y Alejandro Reyes, *Los bombardeos de El Pato*, Bogotá, Cinep, 1980, núm. 89 de Controversia.

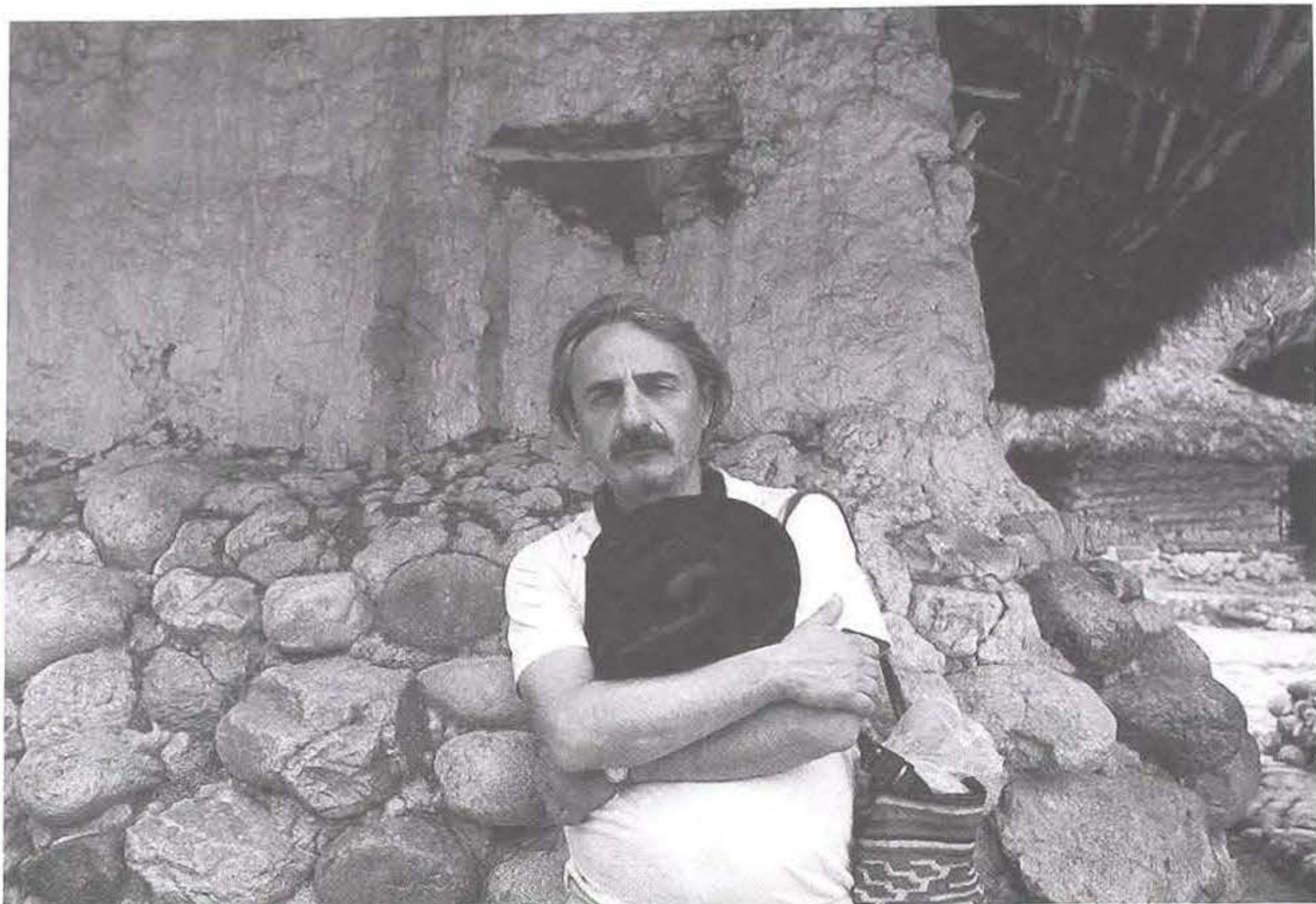
¹² Molano, *Siguiendo el corte*, op. cit., pág. 28.



En el páramo de Sumapaz.

en su propia voz narrativa: del porfiado viaje al Guaviare, con su minuciosa “disecación” sociohistórica, surge por primera vez este esquema narrativo en *Selva adentro*, donde el avance del viaje del autor revive las peripecias de todos aquellos que han llegado allí antes en tres generaciones y tres tipos de colonos distintos. Otro tanto sucede con el diario de viaje por la Orinoquia, “Aguas abajo”, que se pone en marcha para emular y cotejar el viaje realizado por el misionero fray José de Calasanz Vela en 1889: pero lo que cien años atrás realizó el fraile con un claro propósito misionero y evangelizador, y que suponía un ir encontrando pueblos de indígenas asentados, y acotando sus costumbres así como algunas experiencias personales, se torna ahora un riesgoso penetrar en territorios ya “conquistados” y en una observación, de nuevo, de múltiples desplazamientos debidos a la violencia¹³. La misma propuesta del viaje “del investigador” (“al corazón de las tinieblas”) se aprecia en *La colonización de la Reserva de La Macarena. Yo le digo una de las cosas*, y luego en *El Tapón del Darién*. En el primero (de 1989, pero que relata una experiencia de viaje de algunos años atrás), Alfredo Molano escribe un registro de los procesos de colonización, subtítulo “Voces y caminos”: en medio del paso lento y con detenciones forzosas hacia los puntos más avanzados de la colonización, sierra arriba, van involucrándose las voces de los personajes que significan el todo, la razón de ser y la médula del problema definido con la palabra, *colonización*, metida ya dentro de los límites de un territorio bajo reserva y protección ambiental del Estado. Por su parte, *El Tapón del Darién. Diario de una travesía* (1996) es un espléndido libro de viaje. Aquí, el cronista conserva todo el tiempo su propia voz y guarda una respetuosa distancia respecto de los recelosos personajes que va encontrando en el recorrido por carreteras, ríos, selvas y trochas de Antioquia, Chocó y Panamá. La compañía de un biólogo le permite no desaprovechar —como seguramente intentaban hacer los cronistas que acompañaron a los conquistadores en el siglo XVI— la maravillosa experiencia de ser un “adelantado” (en medio de tanta dramática huella del colonizador rapaz y comercial) en las zonas de mayor riqueza en biodiversidad del planeta. En todos estos libros interactúan el hombre y el paisaje, pero el hombre también es Alfredo Molano, ser urbano desterrado (necesariamente) y compelido a una indagación que le revela la cara múltiple pero siempre humana de un país que tiene destinos humanos pero carece de gobierno real, de soberanía real y de control sobre sus propias fuerzas y constitutivos. Quedarse en la mera —y obvia— constatación de la ausencia del Estado en lugares donde la ley —como en el casi hilarante relato de

¹³ Por eso se hace tan irónica y tan amarga la experiencia de contrapunteo de los dos diarios (el del padre Calasanz, 1889, y el de Molano, 1988): “En las bocas de este río [Iteviare] el padre Vela celebró la Semana Santa por la paz de Colombia, pidiéndole a Dios que iluminara a nuestros gobernantes. Nosotros hicimos lo mismo. Quizás sin el fervor de nuestro antecesor pero seguramente con los mismos resultados” (Molano y fray José de Calasanz Vela, *Dos viajes por la Orinoquia colombiana*, Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1988, pág. 216).

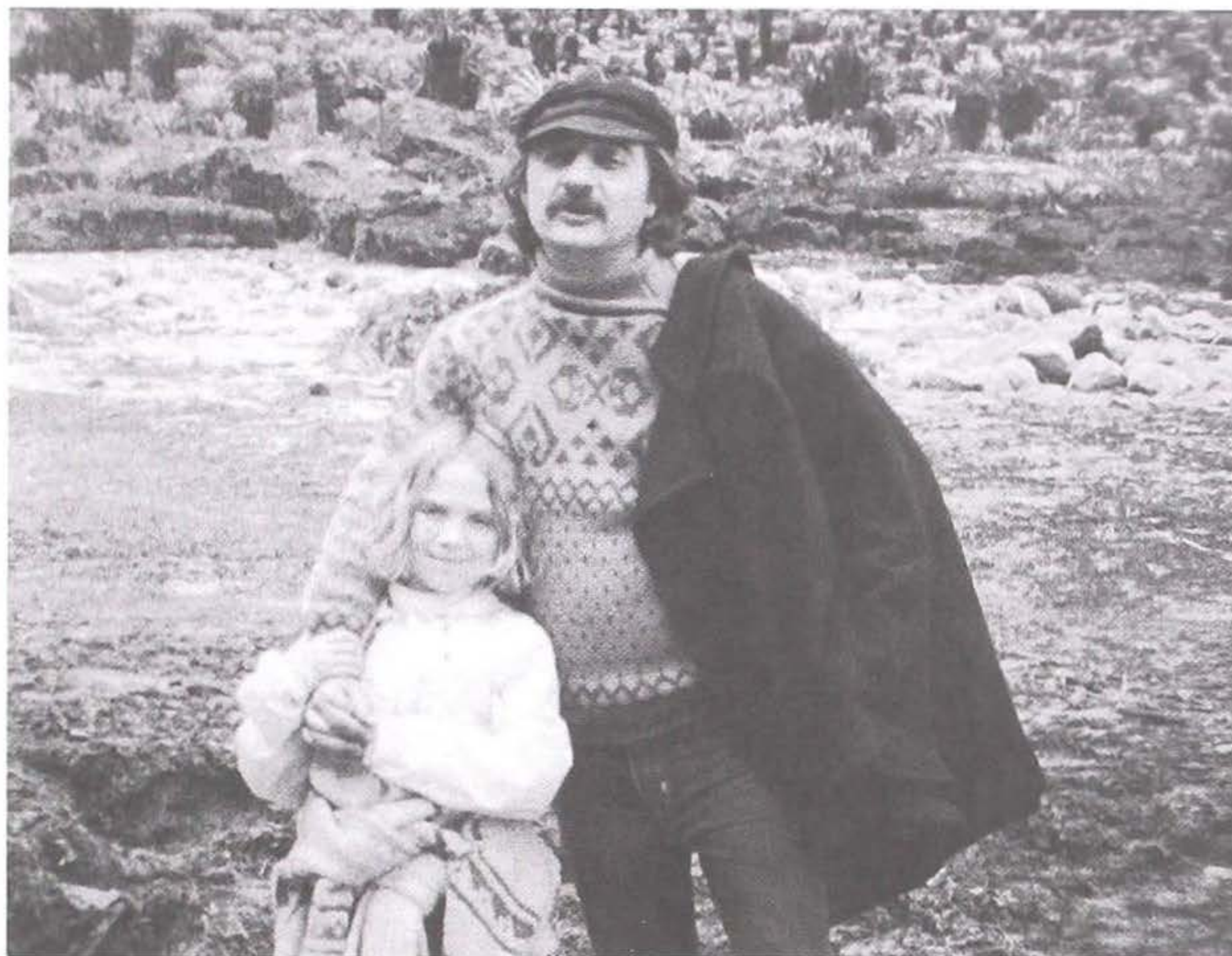


En la Sierra Nevada de Santa Marta.

“Chispas”, en *Aguas arriba*— se ha ido imponiendo informalmente y según el tipo de movimiento que ha repoblado esos lugares (llámese colonización, guerrilla, autodefensa, misión evangelizadora o narcotráfico), sería una tarea inane y una débil propuesta sociológica o política. Pero ingresar en el terreno de un *autodestinamiento*, de un estilo de vida, supone plantearle al problema inicial, tan fácilmente resuelto como necesidad de fuerza pública y de militarización, miles de problemas adjuntos y reales que no puede obviar ningún hombre comprometido con la lucha por el bienestar y la justicia en Colombia.

Conservar la voz y el tono de los protagonistas de esta forzosa épica de la selva, es uno de los méritos capitales de los relatos de Molano, en un intento que corre el riesgo de la ramplonería y el costumbrismo. Nos parece un poco enigmática la distinción que el autor hace entre “relato” y “testimonio”, evidenciada ya en la distribución capitular de *Del Llano llano*, porque una narración en primera persona, sin efectos ni intereses “cuentísticos”, opera para los dos tipos de texto, y también porque en cualquiera de los casos el autor no se deja tentar por el relato “extraordinario” de un hecho de inverosímiles dramatismo y salvajismo, sino que deja que la voz —que es un ser humano con todos sus antecedentes y ajuares culturales— se fije en los detalles que le importan y renuncie a darle mayor importancia a este hecho que a aquél. Si “relatos” como “No pude dejar de llorar” o como “El retaque” “terminan” abruptamente con la pérdida de todos los seres queridos y del lugar que se ocupaba en el mundo, no puede perderse de vista que su puesta en marcha (la de los relatos) no ha consistido en el propósito exclusivo de contar sólo ese acontecimiento, sino en el fondo en la historia de *toda* una vida, centrada en sus aspectos más esenciales. Por lo demás, sus finales son bien dicentes de la continuidad de una vida que, si bien ha sido tocada con el dedo de la fatalidad, parece dispuesta a prolongarse en el después que la propia narración propone. “No pude dejar de llorar” concluye así: “Hasta que de golpe se abrió un hueco en la niebla y por ahí mire esas inmensidades sin horizonte. Sentí tanta alegría —una emoción tan extensa— que no pude dejar de llorar”¹⁴; y el final de “El retaque” es aún más significativo, pues la continuidad y perduración de la vida se ponen en manos de la propia voluntad de narrar: “Siete veces he repetido esta historia. Siempre igual. El juez dice que mi cabeza es privilegiada, porque

¹⁴ Molano, *Del Llano llano*, op. cit., pág. 47.



En el río con Adriana Molano.

no cambio ni una sola letra de mi declaración. Y es cierto. Pero desde ese día, tampoco sirvo para nada distinto”¹⁵. No es mucha la diferencia, pues, con los “testimonios” que conforman la segunda parte del libro, que parecen caracterizarse por su continuidad en el tiempo, por la referencia a un mundo y unos personajes que siguen siendo así..., sin que un hecho en especial les haya cortado la vida, aunque todos los narradores coinciden en dar un toque de decadencia y de acabamiento al medio del que proceden, que es el Llano: Gesualdo de Maturín habla desde una cárcel, Sandra Milena desde su burdel y “el mallero” desde el lado de allá de la malla; es decir, desde su desempleo y su condición provisional de hombre que busca trabajo y lo encuentra por temporadas. Todo parece haberse acabado: el llanero domador de caballos y de llanuras está en la cárcel, su mujer en un prostíbulo y su hijo sin tierra y sin trabajo (y sin caballo y sin...). Sin embargo, una esperanza brilla, y tiene que ver con la misma lucidez con que el hombre del campo (o de la selva o del monte) entiende su propio destino. Es decir, la humanidad no está muerta, y ése es el mayor y más puro puñado de tierra para tirarles a la cara a quienes han dado la espalda a las gentes y los lugares donde, con mayor intensidad y mayor certeza, se vive y se juega la vida. Aun la vida de una nación entera.

¹⁵ *Ibíd.*, pág. 59.